

no se han de evitar? ¿Cuántos artificios, traiciones y golpes fatales no se han de prevenir? ¿Cuántos reveses no se han de temer? Pero yo aun paso mas adelante, y añado: aquel estado, en lugar de ser por sí mismo un estado de reposo, es una obligacion y empeño para el trabajo; es una carga y un peso muy grande, si se quieren cumplir todas sus obligaciones, que son tanto mas extensas y pesadas, cuanto el estado es de mas honor; un peso algunas veces sobre sus fuerzas, y con el que se abate y se deja rendir; de lo que nacen tantas quejas, que hay que tolerar tantas murmuraciones, tantos baldones y desprecios. Ved, digo yo, en aquel estado en que el ambicioso creia hallar una felicidad imaginaria, lo que hay de verdadero, de cierto y de inevitable.

4. Si á esto se añade una segunda consideracion, se llega á comprender bien otra ceguedad del ambicioso. Esta es, que él se propone por fruto de sus proyectos y trabajos una verdadera grandeza, la que no es mas que vanidad: *Universa vanitas*. ¿Cómo es esto pues? Vanidad es por sí misma y en sí misma. Porque ¿qué es esta grandeza de la que somos idólatras? ¿Y en qué la hacemos consistir? ¡A lo ménos, si se fundára en un mérito real; si consistiera en una vigilancia y cuidado mas atento, en un trabajo mas constante, y en cumplimiento de todas sus obligaciones, puede ser, que en ella hubiese alguna cosa de solidez! Empero, si llega á ser grande, lo es por la autoridad que ejerce y de que abusa; por los privilegios y superioridad del empleo y lugar que ocupa y que no llena; por un fausto sin moderacion ni límites, y por un lujo sin medida: esto es, se llega á hacer grande, y, con efecto, lo es por todo aquello que no depende ni nace de nosotros, y que está fuera de nosotros; y así no lo es, ni en su persona, ni por su persona. Vanidad hay tambien en los medios que se está obligado á emplear en esta grandeza falsa, ya sea para llegar con prontitud á conseguirla, ya sea despues para afirmarse en ella. Vanidad hay tambien en la duracion de esta grandeza mortal y pasajera. Han sido menester muchos años, y casi siglos, para construir este soberbio edificio; pero para destruirle enteramente y de lleno, ¿qué es necesario? Un instante, y nada mas. Un instante es, que no se puede evitar, pues es el de la muerte, al que toda la grandeza no puede detener.

La ceguedad, pues, del ambicioso, aun está en no atender á nada de esto, ó en no tener cuidado alguno de ello, con tal que espere acabar la carrera que se ha propuesto, y llegar hasta el fin de lo que tiene en su imaginacion. En vano le ofrece el mundo mil ejemplares de lo que yo digo; en vano le vienen á la imaginacion mil reflexiones

sobre lo que pasa á su vista y cerca de él; y en vano oye hablar y discurrir á los mas sensatos y cuerdos; él no escucha sino su ambicion, que le desatina y atolondra, á fuerza de gritarle sin cesar: sigue tu camino y no te detengas. Tal empleo está vacante por una casualidad, que deberia servirle de instruccion y entibiarle; y esto es lo que le ciega mas que nunca, y lo que le anima con una actividad extraordinaria. La experiencia de aquel ni la desgracia del otro no son para él de consecuencia ni regla. Parece que tiene prendas seguras de su destino, y que él debe ser privilegiado. A lo ménos quiere hacer la prueba de ello, y nada hay que no esté dispuesto á probar y experimentar á este fin. Dejémosle, pues, correr á su voluntad por el camino que se ha empeñado á seguir y extraviarse en él. Y en cuanto á nosotros, amados oyentes míos, siguiendo las luces de la razon, y aun, mas bien, las de la religion, aprovechémonos de la divina leccion que nos da nuestro sagrado Maestro: *Discite à me, quia mitis sum et humilis corde*, MATH. XI, 29. Ved lo que debemos aprender de él: ser humildes y humildes de corazon. La humildad rectificará todas nuestras ideas. Ella nos hará buscar el reposo donde se halla. Ella nos establecerá y colocará en una grandeza sólida, elevándonos por una renuncia cristiana sobre toda grandeza precedera, y de este modo corregirá la ceguedad de nuestro espíritu, y nos preservará tambien de otro desórden de la ambicion, que es el de ser presuntuosa en sus juicios.

Yo encuentro que es muy sólida y de un profundo sentido la reflexion que hace S. Ambrosio, cuando dice, que un hombre ambicioso y que obra segun el movimiento de esta pasion que le domina, debe ser necesariamente ó muy injusto ó muy presuntuoso. Muy injusto, si busca los honores y empleos de que el mismo se reconoce indigno; ó muy presuntuoso, si los pretende y procura, persuadido á que es digno de ellos. Sucede muy pocas veces, añade este santo doctor, que nos hagamos con sinceridad á nosotros mismos la justicia de persuadirnos y convenir con nosotros mismos de nuestra propia indignidad. De lo que infiere y concluye, que el gran principio sobre que se funda la ambicion de la mayor parte de los hombres, es, por lo comun, la presuncion, ó una idea y juicio secreto que se figuran y forman de su capacidad: y de aquí saco la prueba de la segunda proposicion que he establecido. Porque observad, si quereis, todas las consecuencias que se siguen de este discurso, las que yo voy á aclarar y manifestar. El ambicioso aspira á todo y todo lo pretende; luego se cree capaz de todo. Él no pone límites á su fortuna

ni á sus deseos: luego tampoco los pone á la opinion y juicio que tiene de su mérito y de su persona.

Preguntadle si en aquel empleo, cuyo lustre y esplendor le deslumbra, podrá desempeñar todas las obligaciones que á él están unidas; y si tendrá toda la penetracion de espíritu que se requiere, toda la rectitud de corazón y toda la asistencia y continuacion necesaria: como se lo promete todo de sí mismo, os responderá sin duda, lo mismo que los dos hijos de Zebedeo, de quienes se habla en el Evangelio de S. Mateo: *Possumus*. MATTH. xx, 22. Sí, yo lo puedo todo; yo lo haré. Pero yo infiero de esto mismo, que él no lo hará; y la razon es, porque su sola presuncion es un obstáculo para hacerlo, y mucho mas para hacerlo bien.

Amados oyentes; el cristiano ha de confiar poco en sí, ó mas bien, no confiar nada; tener casi todas las alabanzas de los hombres por vanas; rebajar siempre mucho de ellas, y persuadirse, de que aun se atribuirá mucho; no desear honor ni proporcionárselo; esperar á este fin la vocacion del cielo sin prevenirla; seguirla con temor y temblor cuando es evidente: y por poco dudosa que sea, desconfiar de ella; no aceptar los empleos honoríficos, para los cuales ha recibido de Dios algunos talentos, sin que se vea con sinceridad obligado á ello: y si está convencido de su incapacidad é ineptitud no ceder, ni aun á esta violencia. Yo sé que esto es muy opuesto á las ideas y práctica del mundo; pero yo no vengo aquí para instruiros segun las ideas y práctica del mundo, sino para proponeros las ideas del Evangelio, y para convenceros, á lo ménos, de su solidez y necesidad. Si el mundo se gobernara segun las máximas evangélicas, la ambicion se desterraría de él y reinaria la humildad. Con ésta se conseguiria arreglarse á la razon, se santificarian delante de Dios, y aun, por lo comun, se acertaria mejor para con los hombres, porque se tendria de ellos estimacion y confianza. Pero sin esta humildad, á mas de que esta ambicion es ciega en sus pretensiones y presuntuosa en sus designios, es tambien odiosa en sus consecuencias.

5. Como hay dos clases de grandezas, las unas, que Dios ha establecido en el mundo, y las otras que, por decirlo así, por sí mismas se erigen y levantan; aquéllas, que son las obras de la Providencia, y éstas, que son como producciones de la ambicion humana, no es necesario admirarse de que causen efectos tan contrarios, no solamente en aquellos que las poseen, sino tambien en aquellos que no tienen en ellas parte alguna, y que las miran con unos ojos desinteresados y exentos de pasion. Una grandeza legítima y natural, que, segun el orden de la Providencia, lleva en sí misma un cierto carácter,

que á mas del respeto y veneracion, le granjea tambien la benevolencia y corazón de los pueblos. Al contrario sucede en aquellas grandezas irregulares, que no tienen otro fundamento mas que el de la ambicion y codicia de los hombres; en aquellas grandezas, que no se llegan á conseguir sino por artificio, por astucia y por cábalas, y de las que los políticos del siglo se aplauden en la Escritura, diciendo: *Manus nostra excelsa, et non Dominus fecit hæc omnia*. DEUT. xxxii, 27. Nuestro crédito, nuestra industria es, y no el Señor, quien nos ha hecho lo que somos; en aquellas grandezas, digo, que Dios no autoriza, porque no es el autor: por mas brillantes que parezcan á nuestros ojos, tienen un no sé qué que nos disgusta, nos exaspera y nos inquieta, porque nos parecen otras tantas usurpaciones y excesos, que se dirigen á trastornar la equidad pública, por la que naturalmente somos celosos. Pues este carácter de injusticia que, les es esencial, es el que nos las hace odiosas.

Yo considero á la ambicion en los dos estados en que acostumbra desordenar y pervertir al espíritu del hombre, esto es, en la solicitud y diligencia para conseguir la grandeza cuando aun no se ha llegado á poseer, y en el término de esta misma grandeza cuando al fin se ha llegado á él. Pues en uno y otro estado, digo, que nada tiene que no excite la envidia, que no sea un objeto de aversion; y que por las otras pasiones que produce, cuales son las divisiones y parcialidades que mantiene, y las disensiones y disputas que mueve, no se dirija para destruccion y ruina de la caridad. Consultad solo á vuestra experiencia, que es en este punto mas capaz de instruiros y de convenceros que todos los discursos. ¿Qué idea os formais vosotros de un ambicioso, preocupado con el deseo de engrandecerse? Si yo os dijera, que era un hombre para quien la prosperidad de otro es un suplicio; que no puede ver el mérito, en cualquiera sugeto que se halle, sin aborrecerlo y sin combatirlo; que no tiene fe, ni sinceridad; que está siempre pronto en las concurrencias á vender al uno, destruir al otro, desacreditar á éste, y perder á aquél, aunque sea poca la utilidad que de ello espere tener; que de su imaginaria grandeza y fortuna se forma una divinidad, á la cual no hay amistad, reconocimiento, respeto, ni obligacion que él no sacrifique, no faltándole, ni careciendo de dobleces y disfraces aparentes, aun para hacerlo con modestia y con honor, segun el mundo; en una palabra, que á nadie ama, y que nadie puede amarle: si yo os lo figurára de este modo, ¿no diriais que este era un mónstruo en la sociedad del que yo os hacia la pintura? No obstante, por poco que reflexioneis sobre lo que todos los dias pasa entre vosotros, ¿no confesareis, que

estos son los verdaderos rasgos de la ambicion, mientras que aun está de pretendiente, y en la solicitud de algun fin, que se ha propuesto?

Y si os hiciera ver el exceso de la ambicion, cuando una vez ha llegado ya el término de sus esperanzas, ¿qué diriais? ¿Qué uso, ó, por mejor decir, qué abuso y qué profanacion no hace entónces de la grandeza! Vosotros lo veis. ¿Qué arrogancia y que orgullo no es el del ambicioso, que se vale de su fortuna para no tener ni observar atencion con persona alguna, para tratar con desprecio á cualquiera que es inferior á él, para esperar y recibir los respetos y adoraciones, para querer que todo se rinda á su poder, para decidir de todo y arreglarlo todo, y para afectar ademanes de autoridad y de independencia! ¿Qué dureza no tiene para hacer valer sus derechos, para exigir con imperio lo que cree se le debe, para llevar con orgullo y soberbia lo que no le pertenece, para continuar sus venganzas, para oprimir los pequeños y para humillar é insultar á los grandes! ¿Qué ingratitud no es la suya para con aquellos mismos que le han hecho los mayores servicios, y á los que puede ser les deba toda su fortuna, desdeñándose y teniendo á ménos bajarse á ellos en adelante y olvidándolos! Una hora de prosperidad, hará que un favorecido desconozca y olvide una amistad de treinta años.

¿Bienaventurados los humildes, que, contentos con su estado y condicion, saben contenerse en él y ceñir en él sus deseos! Ellos poseen á un tiempo mismo el corazon de Dios y el de los hombres. No es esto decir, que no puedan ellos subir á las dignidades mas altas, porque la humildad no permanece siempre sepultada en sus tinieblas, sino que no es ella la que procura sus adelantamientos. Y aun mudando de estado, ella no muda ni de sentimientos ni de conducta, pues por hallarse elevada, no está ni con ménos sumision á Dios, ni con ménos caridad para con el prójimo, ni ménos desprendida de sí misma: pues los honores en lugar de lisonjearla, le sirven de carga, y en lugar de sacar de ellos una gloria falsa, los vuelve en confusion suya, y nunca emplea con mas voluntad el poder de que se halla revestida, que cuando se trata de obligar, de aliviar ó de hacer bien; pues aunque estuviere en la cumbre de la grandeza, no solamente se la veria colocada allí sin dolor ni quebranto, sino que no habria persona alguna que no la aplaudiera, que no estuviera de su parte, que no la respetára, y que no la canonizára. No obstante, todos estos elogios del mundo, y la voz de los pueblos á su favor, de nada le servirian si Dios no le añadiera sus recompensas eternas; pero así como resiste á los ambiciosos y soberbios, así tambien el Señor

comunica á los humildes su gracia en la tierra y les prepara una corona inmortal en el cielo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Contra ningun vicio levantó tanto la voz nuestro divino Redentor como contra la ambicion; y con razon, puesto que, 1.º destruye la santidad y la inocencia; 2.º Ahoga la piedad y la religion: 3.º Nos hace despreciar las divinas gracias.

I. La ambicion nace del orgullo y de la codicia. El orgullo es el principio ú origen de todo pecado; ECCLES. x: la codicia es la raiz de todos los males; I TIMOR. vi. Estos dos vicios destruyen la inocencia del alma: el orgullo corrompe el entendimiento, la codicia corrompe el corazon, y ambos empujan al hombre á cometer las mayores maldades: *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et in desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum et in perditionem.* I TIM. VI.

II. Ademas de la inocencia, la ambicion arruina tambien la religion y la piedad, cuyo objeto es glorificar á Dios, poniendo al hombre bajo su dependencia. La religion nos manda, 1.º reconocer la soberanía é independencia de Dios; 2.º colocar toda nuestra esperanza en su infinita sabiduria; 3.º huir todas las ocasiones peligrosas, desconfiando de nosotros mismos, atendida nuestra fragilidad. El ambicioso no quiere reconocer la suprema soberanía de Dios, porque confunde su orgullo, y dice con sus acciones: *nolumus hunc regnare super nos*; LUC. XIX. Tampoco quiere depender de su sabiduria, sino de su propio capricho. Por último, se precipita sin temor ni remordimiento en las ocasiones peligrosas.

III. No es ya de admirar, que el ambicioso, sin piedad ni religion, desprecie las gracias divinas ó los únicos medios de salvacion. El ambicioso, ocupado siempre en negocios del tiempo, no puede atender á las divinas inspiraciones; su corazon, dominado por mil deseos mezquinos, rechaza las gracias y los saludables movimientos con que Dios le visita. En una alma ambiciosa, Dios no tiene entrada.

II.

El ambicioso, cegado de su pasion, busca con loco afan las dignidades y los primeros puestos: 1.º prescindiendo de si Dios le llama

ó no á los mismos: 2.º con el fin de no servir á nadie y ser de todos servido: 3.º y para llevar una vida tranquila y regalada. Todo esto es contrario al espíritu de la religion.

I. Por mas que Dios haya criado al hombre libre, no le permite entrometerse en ninguna dignidad sin una vocacion especial. Cuando los hijos del Zebedeo pidieron á Cristo los primeros asientos en su reino, él les contestó: *non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo*; MATTH. XX. San Pablo en su carta á los Hebreos dice, que nadie debe entrometerse en el sacerdocio, sino aquel que es llamado por Dios como Aaron, v, 4. Mas el ambicioso solo busca acensos valiéndose de todos los medios, y prescindiendo de la voluntad de Dios.

II. El hombre no tiene por naturaleza ningun derecho á mandar ni á ser servido de nadie; esto es propio solamente de Dios. El hombre naturalmente es dependiente. Si Dios le eleva á alguna dignidad, es para que cuide de los otros, sea como siervo de los otros; y por lo mismo su eleccion debe humillarle, como lo reconocia David: *exaltatus autem humiliatus sum et conturbatus*, PSALM. LXXXVII. Los monarcas han de ser los servidores de sus súbditos; los preladados, los siervos de los fieles: *Servi servorum Dei*. Pero el ambicioso busca las dignidades, no para servir á nadie, sino para ser servido, para mandar como si fuera irresponsable.

III. La razon y la experiencia enseñan, que las dignidades, mas que medios de tranquilidad y de bienestar, son verdaderas cargas: 1.º porque el hombre colocado en dignidad, vése cada momento obligado á violentar su propia voluntad y carácter; 2.º porque está obligado á tratar con toda clase de personas, aun con aquellas que le son antipáticas; 3.º porque está obligado á sacrificarse en obsequio de la verdad y de la justicia. Por esto, cuando los referidos hijos del Zebedeo pretendian honores y dignidades y gloria tranquila (*dic ut sedeant*), el Salvador les pregunta: *potestis bibere calicem?* Las dignidades nos ofrecen espinas, no glorias. Pero el ambicioso solo las busca para su bienestar. Su conducta, pues, es bajo todos conceptos, contraria al espíritu de la religion.

III.

La ambicion es la ruina, 1.º del individuo, 2.º de la familia, 3.º de la sociedad.

I. Es la ruina espiritual y temporal del individuo. Es la ruina espiritual, porque el ambicioso, á trueque de satisfacer sus aspira-

ciones, no repara en prescindir de las leyes divinas y humanas. Es su ruina temporal, porque la ambicion, como toda pasion fuerte, ciega al hombre, y le mete en negocios, empleos y dignidades que comprometen su honor, su reposo y tal vez su salud, sus intereses y su vida. La historia contemporánea nos demuestra, que á muchos ambiciosos su pasion les ha costado la vida.

II. Es la ruina de la familia, porque el ambicioso descuida comunmente la educacion de sus hijos ó la fia á cualquiera, dales malos ejemplos, y tal vez les enseña el modo y los medios de ser ambiciosos como él.

III. Es la ruina de la sociedad, porque el ambicioso no se cuida de la justicia, de la decencia, del honor, de su conciencia. Cuanto mas elevado se vea sobre los otros, mas fatal será su influencia por sus parcialidades é injusticias, por el pernicioso ejemplo dado á sus inferiores, por la mala gestion de los negocios, por las fatales consecuencias de su ambicion, como son rivalidades, envidias, disensiones y partidos; guerras sangrientas y asoladoras. Absalon II REG., Adonias IBID., Datán, Coré, Abiron.

IV.

La ambicion es un vicio fatal; 1.º porque adormece el alma en vida; 2.º porque le inspira sentimientos de desesperacion en la hora de la muerte.

I. El ambicioso no puede fomentar su pasion con las leyes y usos de la Religion, que la condenan, sino con las leyes y usos del siglo, que la consideran como noble y legitima. Así es, que se forma las mas bellas ilusiones, y acalla todo remordimiento de conciencia. Los fatales resultados que han dado los proyectos ambiciosos de otros, le parecen accidentes naturales que habian de sobrevenir; y vive en una engañosa tranquilidad.

II. Pero viene la hora de la muerte en la cual callan las pasiones, y solo habla la conciencia oprimida. Entónces, ó Dios le castiga con una estupidez invencible, ó empieza, como Antíoco y Judas, á sentir todo el peso del remordimiento, á conocer toda la gravedad de sus injusticias y el deber de la restitution; y creyéndose impotente para reparar tantos daños é injusticias, se echa en brazos de la desesperacion.

DIVISIONES.

AMBICION. — El hombre ambicioso no es verdaderamente cristiano; porque no tiene, 1.º fe, 2.º ni esperanza, 3.º ni caridad.

AMBICION. — La ambicion es pecado diabólico; 1.º porque el ambicioso aspira á dominarlo todo: 2.º porque no quiere ser dominado de nadie.

AMBICION. — El ambicioso es, 1.º injusto en el ansia de sus deseos: 2.º Ciego en la presuncion de sus fuerzas.

AMBICION. — El ambicioso es, 1.º un vil esclavo cuando pretende honores: 2.º un tirano en el abuso que hace de ellos.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Non dominabor vestri, nec dominabitur in vos filius meus, sed dominabitur vobis dominus. JUDIC. VIII, 25.

Inimici Domini mox ut honorificati fuerint et exaltati, deficientes quemadmodum fumus deficient. PSALM. XXXVI, 20.

Noli querere fieri iudex, nisi valeas virtute irrumpere iniquitates. ECCL. VII, 6.

Non adjicies exaltari amplius in monte sancto meo. SOPHON. III, 11.

Dicebat autem et ad invitatos parabolam, intendens quomodo primos accubitus eligerent... Omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur. LUC. XV, 7 ET 11.

No seré yo príncipe vuestro, ni tampoco lo será mi hijo, sino que el Señor será quien domine y reine sobre vosotros.

Los enemigos del Señor no bien serán ensalzados á puestos honoríficos, cuando serán abatidos y se desvanecerán como el humo.

No pretendas ser juez, si no te hallas con valor para hacer frente á las injusticias.

No te engrerás mas por tener mi santo monte de Sion.

Notando (Jesús) que los convidados iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso una parábola, y concluyó diciendo: Cualquiera que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

Jesus ergo cum cognovisset quia venturi essent ut raperent eum, et facerent eum regem, fugit iterum in montem ipse solus. JOANN. VI, 15.

Charitas non est ambitiosa. I CORINTH. III, 3.

Conociendo pues Jesús, que habían de venir para llevarsele por fuerza, y levantarle por rey, huyose él solo otra vez al monte.

La caridad no es ambiciosa.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La ambicion lanzó del cielo á Luzbel con la tercera parte de los ángeles que siguieron sus locas aspiraciones. No satisfecho de la hermosura y gracia con que Dios le habia creado, antes bien envanecido con tantos y tan ricos dones sobrenaturales, pretendió elevar su trono al lado del Altísimo y hacerse semejante á él: *In cælum conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum, sedebó in monte testamenti.... similis ero Altissimo*, ISAI. XIV.

La última tentacion, que derribó á nuestros primeros padres de su envidiable felicidad, fué la ambicion, que se introdujo en su corazon por aquellas palabras del demonio: *Eritis sicut Dii, scientes bonum et malum*, GEN. III. La noticia de una exaltacion fabulosa en lugar de una muerte ignominiosa cegó al pronto su entendimiento, dissipó sus temores, y les hizo osados hasta una locura criminal.

Por lo mismo que la ambicion, una vez entronizada en el corazon humano, llega á un exceso de temeridad, provoca tambien la cólera divina, para descargar sobre los ambiciosos los mas ejemplares castigos. Aquellos tres magnates del pueblo de Israel, Core, Dathan y Abiron, que, dominados por la ambicion, quisieron ingerirse temerariamente en las funciones del santuario promoviendo un motin, y hasta ofrecer á Dios el sacrificio del incienso, recibieron el castigo digno de su loca ambicion: la tierra los tragó al pié mismo del santuario, NUMER. XVI, abrasando un fuego prodigioso á sus revoltosos partidarios.

Véanse en el libro II de los Reyes, cap. 15, las artes de que se valia Absalon, y las demostraciones degradantes que hacia el pueblo de Israel para ganar partido y satisfacer su ambicion de reinar.

Véanse el cap. 6 y 7 del libro de Ester, en donde se ve un ejemplar castigo de la ambicion en el presuntuoso Aman, ahorcado en el mismo patibulo que habia preparado para Mardoqueo.

El ambicioso que no quedare desengañado con estos ejemplos, puede consultar los efectos que la ambicion produjo en Alejandro

Magno. Hijo de reyes y rey de sus respectivos estados, la ambicion le impelió á apoderarse de la Grecia, y la conquistó: llevó sus armas triunfantes á los imperios de los persas y de los medos, y los sujetó: de allí pasó al territorio vastísimo de la India y lo dominó; y no satisfecha su ambicion se entristeció: *Et post hæc decidit in lectum, et cognovit quia moreretur*, I MACHAB. I.

En el Nuevo Testamento se nos presentan los dos hijos del Zebedeo, MATTH. XX, ambicionando los primeros puestos del apostolado; los apóstoles, aunque instruidos en la escuela de la misma humildad, altercando sobre la primacia de honor y de gobierno, LUC. XXII; y la loca ambicion de los escribas y fariseos.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Omnis honor sæculi, diaboli est negotium. S. HILAR. in c. 5 MATTH. Toda dignidad mundana es usura para el demonio.

Ambitosus humilitatem quærit, honestatem mentitur, affabilitatem exhibet, benignitatem ostendit, subsequitur, et obsequiatur, cunctos honorat, frequentat curias, visitat optimates, assurgit et amplexatur, applaudit et adulatur. S. CHRYS. hom. 2 in epist. ad Tit. El ambicioso se cubre con capa de humildad, finge la honestidad, pretesta afabilidad, se viste de cierta benignidad, recibe y da obsequios, honra á todos, frecuenta las curias, visita á los grandes, se levanta y da abrazos, aplaude y adula.

Quicumque desideravit primum in terra, inveniet confusionem in caelo, et inter servos Christi non computabitur, qui de primatu tractaverit. IDEM IN DIALOG. Quien quiera que haya deseado grandes honores en la tierra, no encontrará sino confusion en el cielo; ni será contado entre los discípulos de Cristo el que habrá trabajado para obtener dignidades.

Ambitio est quedam simia charitatis, charitas, enim patiens est pro æternis: ambitio patitur omnia pro caducis; charitas benigna est pauperibus, ambitio divitibus; charitas omnia suffert pro veritate, ambitio pro vanitate; utraque omnia credit, omnia sperat, sed longe dissimili modo. PETR. RAVENN. IN SERM. La ambicion viene á ser un mono ó falso remedo de la caridad: si la caridad es paciente para alcanzar los bienes eternos, la ambicion lo es para los transitorios; si la caridad es benigna con los pobres, la ambicion lo es para los ricos; si la caridad todo lo sufre por la verdad, la ambicion lo sufre todo por la vanidad: una y otra.

Locus regiminis desiderantibus negandus est, fugientibus offerendus, virtutibus ergo pollens coactus ad regimen veniat. SAN. GREGOR. IN PASTOR.

Quanto quisquis curis mundi majoribus occupatur, tanto facilius vitii premitur: si enim vix animus valet peccata devitare quietus, quanto minus occupatione sæculari devinctus? S. ISIDOR. LIB. III DE SUMM. BONO CAP. 48.

todo lo creen, todo lo esperan, pero con miras muy contrarias.

Las prelaturas deben ser negadas á los que las buscan, y conferidas á los que huyen de ellas; y por tanto, el que esté dotado de virtudes no acepte las dignidades sino obligado por el precepto.

Cuanto mas metido se halla el hombre en los negocios del mundo, tanto mas fácilmente se ve dominado por las pasiones: porque si en el retiro le es tan difícil evitar las culpas, ¿cuánto mas lo será en medio del tumulto del siglo?

REMEDIOS CONTRA LA AMBICION.

1.º Es necesario enseñar y recordar á los ambiciosos, como ellos mismos lo experimentarán, que las pesadumbres sembradas en la carrera de la ambicion comienzan desde el primer paso, y duran toda la vida.

2.º Se les debe manifestar la nada de los objetos que seducen su corazon, y lo inseguro de las recompensas que esperan.

3.º Tal vez el mejor remedio contra la ambicion, consista en citarles aquellos pasajes históricos que refieren la muerte prematura de la mayor parte de los ambiciosos.

M. Descuret, en su libro titulado: *Médecine des Passions*, cita un hecho curioso: dice, que de los 75 presidentes de la Convencion francesa, dominados todos de una ambicion satánica, 18 fueron guillotinado, 5 se suicidaron, 8 fueron deportados, 6 encarcelados, 22 declarados fuera de la ley, y 4 encerrados en una casa de orates. Casi todos los secretarios de aquella famosa asamblea perecieron miserablemente.

MOTIVOS PARA HUIR DE LA AMBICION.

1.º La ansiedad del ambicioso.—El ambicioso vive continuamente agitado por movimientos de esperanza, de temor y de ira. Podemos decir, que estos tres efectos martirizan su corazon como las

tres lanzas que atravesaron el del ambicioso Absalon y le dejaron sin vida.

2.º El peligro de la vida.—La ambicion nos expone á un continuo peligro de perder la vida, como bien lo conoció Saturnino, que convidado á ceñir la corona del imperio, dijo: No sabeis, amigos, que mal es gobernar: las espadas y los dardos nos amenazan de continuo, están pendientes de un hilo sobre nosotros las lanzas y cuchillas, se teme á los mismos guardias, se desconfia de los mas íntimos cortesanos: no se toma el alimento por gusto, ni se emprende el viaje por voluntad, ni la guerra por conviccion, ni se empuña la espada por deseo. DREXEL. *Auriford.* III, 5.

3.º La cuenta estrecha que ha de dar.—*Praelatus, si perversa perpetrat, tot mortibus dignus est, quot ad subditos suos perditionis exempla transmittit.* S. GREGOR. PASTORAL. V. Muy necio, pues, ha de ser el que, por satisfacer su vanidad, se expone á tener que responder de los pecados ajenos.

4.º El ejemplo de Jesucristo.—*Non enim debet discipulus esse super magistrum, nec servus major domino:* si Jesucristo, pues, fué *opprobrium hominum et abjectio plebis*, ¿cómo presumirá un cristiano elevarse sobre sus semejantes y dominarles?

5.º La propia indignidad.—Solamente á la virtud se debe de justicia la gloria; á ella sola se dispensa con acierto. La gloria ú honor sin virtud es injusta, es inconstante y peligrosa. Los romanos, aunque gentiles, dedicaron dos templos, uno á la gloria, otro á la virtud; pero nadie podia penetrar en el de la gloria ú honor sin pasar, primero, por el de la virtud: y con razon, porque siendo el honor un respeto exterior tributado á la bondad interior, y siendo la bondad hija de la virtud, claramente se infiere ser ésta el origen del verdadero honor.

AMISTAD.

I.

Qui timet Deum, æque habebit amicitiam bonam.

Quien teme á Dios, logrará igualmente tener buenos amigos.

(*Eccles.* VI, 17.)

Al oír las bellas frases con que los hombres ponderan la amistad, al escuchar los generosos ofrecimientos que mutuamente se hacen, los tiernos sentimientos de que á porfia se muestran animados; me inclino á creer, que es muy feliz y afortunada esa sociedad, que forma de tantos miembros una sola familia, y de tantos corazones un solo corazón. En efecto; ¿qué mayor dicha, que multiplicar los beneficios y aliviar los males de nuestros hermanos, tomando parte con ellos, así en lo próspero, como en lo adverso; comunicarles nuestras penas y alegrías, vivir nuestra propia vida y la suya, dando y recibiendo casi alternativamente una doble existencia? Por esto dijeron algunos sabios, que la vida nos sería intolerable sin los recíprocos auxilios de la amistad; que es muy desdichado el hombre á quien le faltan los amigos en la desgracia; y que la misma felicidad dista mucho de ser completa, si los demas no participan de ella. Mas al escuchar, de otra parte, las graves quejas de otros, al ver las agradables demostraciones de tal ó cual, que se titula amigo, pero cuyas obras son pérfidas; qué nada mas comun entre los hombres, que faltar á las promesas y violar los contratos; que son muy pocos los que al primer contratiempo no vuelven la espalda á los que consideraban como amigos; al ver, repito, semejante conducta, asáltame una triste, pero fuerte duda, y por poco me inclinaria á creer, que las selvas y los desiertos son mas propios para proporcionar la paz y felicidad al hombre, que no la sociedad civil. Y á la verdad; ¿qué condicion puede darse mas triste para el hombre, que tener que